

# Sara

*El valor de la pluralidad*



*Tessie Solinís*

*Ilustrado por Oliver Flores*

Este libro se produjo para la difusión de los valores democráticos, la cultura cívica y la participación ciudadana: su distribución es gratuita.

Colección: *Futuros (e) lectores*

Serie: Entendiendo los valores democráticos

3<sup>ra</sup> reimpresión, julio de 2022

D.R. © 2012 Instituto Electoral y de Participación Ciudadana del Estado de Jalisco  
Parque de las Estrellas 2764, Col. Jardines del Bosque Centro, C.P. 44520  
Guadalajara, Jalisco, México.  
[www.iepcjalisco.org.mx](http://www.iepcjalisco.org.mx)

© 2012 Tessie Solinís

© 2012 Óliver Flores

ISBN de la serie: 978-607-8054-13-8

ISBN del presente tomo: 978-607-8054-20-6

Todos los derechos reservados conforme a la ley.

Impreso y hecho en México.

¿Crees que es necesario aprender a convivir con otras personas?,  
¿conviviríamos en comunidad sin valores como el respeto o la  
tolerancia?, ¿qué valores crees que son importantes practicar para vivir  
en sociedad y cómo ayudarías a promoverlos?

El libro que tienes en tus manos te ayudará a entender y responder  
preguntas como estas y, con apoyo de tus maestros, padres o cualquier  
otro adulto que te acompañe en la lectura, comprenderás que vivir y  
comunicar los valores cívicos es mucho más fácil de lo que crees y tiene  
un sinnúmero de consecuencias positivas en nuestro entorno.

Busca los demás títulos de la **serie “Entendiendo los valores  
democráticos”** del Instituto Electoral y de Participación Ciudadana  
del Estado de Jalisco, a través de sus personajes e historias conocerás  
más de estos y otros temas.





**S**ara, desde pequeña, ha sido muy terca. Siempre le han gustado las cosas a su modo. No tenía ni tres años cuando ya decidía qué ropa ponerse, a los cinco años ya contaba con un selecto grupo de amigas y había decidido que su comida favorita serían para siempre la pizza y el espagueti. Le costaba entender a la gente que no pensaba igual que ella, era berrinchuda y caprichosa.



Sara era así en todo, tenía decisiones firmes, si ella le había pedido a sus papás que la llevaran de paseo al zoológico debían ir aunque ese día amaneciera lloviendo. Sus padres hacían mal: siempre la complacían en todo y, para evitarse peleas con ella, no le decían nada. Sara no entendía razones, era terca y obstinada... y muy maleducada. A los 11 años, Sara era una chiquilla insoportable.

Aunque ser así no siempre es malo: por ejemplo, era capaz de sacar las mejores calificaciones, o ser de la escolta, aprenderse un poema de ocho estrofas o ganar en atletismo. Era decidida: lo que se proponía, lo lograba.

Sin embargo, su forma de ser la dejaba sola. Sus cada vez menos amigas no querían pasar el tiempo con alguien que discutía por todo y que nunca quería hacer lo que los demás proponían. Era incapaz de escuchar a los otros, antes de hacerlo Sara les decía cosas como “pues no es así”, “no me parece”, “estás mal”.

No importaba lo lista que fuera, lo atlética, o lo simpática que pudiera ser, francamente, era una niña muy complicada.



Sus papás se dieron cuenta de esto y tomaron una decisión: habría que mandar a Sara a otro sitio, a que aprendiera a escuchar a los demás y a convivir con ellos, mientras más distinto pensarán, mejor.

Consideraron que sería buena idea mandarla a un campamento de verano de “voluntaria” a un centro de desarrollo de personas con discapacidad.

Le contaron la idea a Sara y ella lloró dos días completos. Ya había planeado cada uno de sus días de verano para hacer otras actividades, no para irse a trabajar y mucho menos a convivir con gente desconocida. Sara no tenía opción. Estaba enojada y no entendía por qué la castigaban de ese modo. Sabía que no lo pasaría bien, pero que, finalmente, los días pasarían rápido.





De mala gana empacó sus cosas  
y aceptó el reto.



Durante el camino Sara fue reflexionando, —Bueno, de algo me servirá—, dijo mientras observaba el bosque verde en donde se encontraba ese campamento especial.




Al llegar se sentía fuera de lugar. No conocía a nadie, no pertenecía ahí... ella era una niña “normal” de ciudad y ahora estaba en un sitio en donde había niños y niñas en sillas de ruedas, con discapacidad visual y otros voluntarios.



Sara pensaba que en ese sitio no tendría amigos. No haría falta. Para pasar el trago amargo de estar ahí lo único que realizaría sería lo que le pidieran y ya. Uno de los maestros encargados del campamento se acercó a ella y le presentó a Matilde, una chica de la misma edad de Sara. Matilde, sonriente y divertida, llevaba un bastón, —Hola, qué bien te ves... se nota que te encanta estar aquí—, dijo Matilde soltando una carcajada ante el asombro de Sara, que no entendía cómo una niña ciega podía darse cuenta de ello.

Matilde y Sara serían equipo las siguientes dos semanas. Sara pensó que se dedicaría a vestir y bañar a una niña de su edad. Pero no, estaban para aprender una de la otra. En primer lugar Sara aprendió que la gente que no ve no se hace llamar ciega, sino *persona con discapacidad visual*, y que Matilde era tan capaz como ella porque eran parecidas. Las dos eran tercas, obstinadas. Solo que la terquedad de Sara estaba concentrada en demostrarle a los demás que ella era mejor, mientras Matilde concentraba sus energías en aprender a ser independiente.



Sara estaba sorprendida al convivir con Matilde, ella no solo se bañaba y vestía sola, sino que además tendía su cama, planchaba su ropa y siempre lo hacía con la mejor actitud. Era paciente y amorosa con los demás.

En el campamento convivían niños muy distintos: niños *normales*, niños con discapacidades diferentes como no poder caminar, hipoacúsicos, débiles visuales y con discapacidad visual.

Todos convivían y hacían juegos y recorridos por el bosque. Se ayudaban entre sí y se divertían.



Sara se había dado cuenta del papel tan importante que tienen todos en un grupo, cómo la suma de esfuerzos hace que todo salga mejor. Sí, se necesitaban líderes, guías, y esos serían los que, conociendo las capacidades de los demás miembros del grupo, podían ayudar a sacar lo mejor de cada quién.



Un mundo donde todos son distintos, en donde cada miembro de la familia, del grupo escolar o de amigos es diferente, es lo que enriquece y le da colores a la vida.





Sara nunca había sido tan feliz. Por vez primera no era la que dirigía, la que intolerantemente decía que estaba en lo correcto y los demás no. Se daba la oportunidad de escuchar, ayudar y valorar a los demás. Aprendió muchas cosas que no sabía y que una persona con discapacidad le había enseñado.

Matilde no solo se había convertido en su mejor amiga, sino en su maestra.

Sara había estado pensando en la triste despedida del último día. Abrazó fuerte a Matilde y le dijo: —Gracias Matilde, por enseñarme a ver—. De los ojos apagados de Matilde brotó una lágrima y juraron siempre ser amigas. 